

21.

A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS.

I.

— Con que adios, sol de los soles!
 — Jesus! tan pronto te vas!
 — No me puedo detener,
 que el alba despunta ya
 y si nos ven aquí hablando,
 sabe Dios lo que dirán!
 — Pues si te vas, no me olvides.
 — Yo no te olvido jamás.
 Malhaya amen tu ventana
 que en el quinto cielo está!
 — Si quieres una escalera,

en la iglesia la tendrán.
 — Iré á pedirla muy pronto.
 — Pues solo así subirás.
 — Adios, sol!
 — Adios, lucero!
 — Adios, prenda!
 — Adios, galan!
 Qué gallardo! qué gallardo!
 Le quisiera contemplar
 mientras atraviesa el raso
 que hay desde aquí al robledal.
 «Estrellitas relumbrantes,
 »dadme vuestra claridad
 »para seguirle los pasos
 »á mi amante que se va!»

II.

Entre los mozos del valle
 no hay ninguno tan galan
 como el que el alma me roba,
 como el que mi esclavo es ya.
 Ojos míos, ojos míos,
 no le dejes de mirar,
 que los suyos también miran
 de cuando en cuando hácia acá.

De alegría va cantando....
 ¡Ay qué precioso cantar! —
 —«Aunque no quieran tus padres,
 ni el cura, ni el sacristan,
 si me cumples la palabra,
 contigo me he de casar.» —
 —Nos casaremos, bien mio,
 y sino me enterrarán!
 Pero ya sale del raso,
 ya se acerca al robledal,
 ya la sombra de los robles
 me le ha empezado á ocultar.....
 «Estrellitas relumbrantes,
 »dadme vuestra claridad
 »para seguirle los pasos
 »á mi amante que se va!

22.
 LA MANCHA DE LA MORA.

—Señora Rita, ¿qué tiene
 su chico de usted? Ay hija,
 parece que le han chupado
 las brujas!

— Señora Isidra,
 no se qué demontres tiene
 ese chico! Hace ocho días
 que apenas prueba el puchero
 por mas que una le predica.
 — Pues, señora, el que no come
 tiene pena de la vida,

como dijo el otro. Con que
no andarse con tonterías.

— Hija, yo no se qué hacerle,

Jesus! estoy aburrída!

Y luego dicen que hijos!

Crea usted que mas valdria

que el Señor se los llevára

de chiquititos. Ay hija,

si le dan á una mas guerra

que Napoleon, si le quitan

la vida.....

—Y los de usted, vamos,

son unas malvas benditas.....

— Calle usted por Dios, señora!

Se conoce que no lidia

usted con ellos! Perico,

sobre todo, es de la misma

piel del diablo. Qué tragon

y qué guerrero! La niña.....

— Para guerreros, los míos.

Mire usted, señora Rita,

esta mañana el Antonio

disparó una carretilla

cuando íbamos á almorzar,

y espantada la Minina,

saltó por cima la mesa

y me echó el almuerzo encima,

de manera que me puso,

ya ve usted, toda perdida
de lamparones la falda.....

—Eso sale en la lejía.

—Ay qué criaturas! Si estudian
con el enemigo, hija!

Y la ropa que destrozan?

Mire usted, hace ocho días

saqué de la tienda al Pepe

pantalon y chaquetilla,

pues anda, ya va enseñando

los codos y las rodillas.

Ya se ve, no han de romper

si no paran, si se tiran

por los suelos, si parece

que tienen azogue! Frita

le tienen á una la sangre,

no hay un Dios que los resista.

Y luego aquel, como tiene

tan malas pulgas, se irrita

y dale que ha de pegarles.....

— Ave María purísima!

Pegarles! Pobres criaturas!

— Pues es claro, esa es la mía!

Todos hemos sido niños

y hemos hecho niñerías;

pero volviendo á mi Paco,

lo que me da peor espina

es que está tan tristejon.....

—Mire usted quién lo diría cuando antes alborotaban el barrio sus seguidillas, cuando se estaba cantando todo el santísimo día!

—El pobre pasa la noche delira que te delira. Anoche, sin ir mas lejos, fui á su cuarto de puntillas para que no despertára; toqué su frente y tenía un calenturon lo mismo que un toro.

—Dios nos asista!

Y está usted con esa calma?

—Qué he de hacer?

—Jesus María!

Llamar al instante un médico, que no hay juegos con la vida.

—Si no quiere oír hablar de médicos ni botica.

—Oiga usted!.... Si estará malo de..... Dios me perdone, hija,

pero son el enemigo

estos muchachos del día:

y luego esas mujeronas

los llaman y los incitan

y los engatusan y.....

— Calle usted, señora Rita, no diga usted disparates!

Mi chico en toda la vida ha pensado en mas mujeres

que su novia. Si delira por ella! Bien es verdad

que eso y aun mas todavía se merece la muchacha,

que es de lo que no se estila, mejorando lo presente.

Tan hacendosa, tan limpia, tan modosita, tan llana....!

—Y quién es?

— Toma, la chica del tio Lila.

— Señora, la chica del tio Lila

habla con el barberillo.

Lo menos hace ocho días

que los veo yo á la reja

muy metidos en harina.

—Hija, qué me dice usted?

—Lo que usted oye.

— Pues hija,

ya no hay que darle mas vueltas:

lo que á mi chico aniquila

es pasion de ánimo.

—Toma,

como usted es cristiana. — Mira la holgazana, la mocosa, la puerca, la presumida, que pasa emperejilándose la mayor parte del día y no sabe dónde tiene la mano derecha!..... Iba con ella aviado mi chico como hay Dios!

— Señora Rita, quiere usted que yo la dé una buena medicina para su chico?

— Señora, no he de querer?

— Que se ría de esa trasto, que busque otra, y verá como la olvida, «pues la mancha de la mora con otra verde se quita.»

II.

— Hijos, vamos á comer.
— Esa cuchara es la mia.

— Nó, que es la mia. — Embustera!

Dámela. — Pues que lo diga madre.

— Qué es eso? Ya andamos de pelea?

— Es que me quita Periquito mi cuchara.

— Es que es mia y muy remia.

— Vamos, dejarse de historias: en la mesa, como en misa.

— Pues que me dé mi cuchara la Pepa.

Dásela, hija, que este es lo mas testarudo.....

Estáte quedo en la silla, condenado, que parece que tiene azogue!

— A Pepita le ha echado usted mas garbanzos que á mí.

— Pues toma! La envidia no te deja á tí engordar! Así estás como la espina de santa Lucía. Toma, que parece que en la vida te desayunas!..... Paquito,

come, hijo mio. Principia,
pues el comer y el rascar
eso es lo que necesitan.

— Madre, si no tengo gana,
si aborrezco la comida.....

— Anda, aunque no sea mas
que un par de cucharaditas.

Si está tan rico el puchero.....
Como que tiene morcilla.

— No tengo gana.
—¿Qué tienes?

— Nada.
—¡Qué suerte la mia!

Válgame Dios, estos hijos,
le quitan á una la vida!

Mira, Paco, vamos claros,
no andemos con tonterias:

tú estás así porque habla
con otro la Mariquita.

— Madre, diga usted que sí.
Anoche cuando venia

de jugar de la plazuela,
ví al barberillo de ahí riba

hablando por la ventana
con la hija del tio Lila,

y porque le digo: «Hablando
con otro la Mariquita!

Y o se lo diré á mi hermano!»

va el barberillo y me arrima
una puntera.....

— Los niños
deben callar la boquita

cuando hablan los grandes. Eh,
á jugar á la bohardilla.

— Déjeme usted rebañar
el puchero! Yo queria

lo pegado.
—Tómalo!

No sé dónde tienes tripa.....
Qué condenacion de chico!

Largo de aquí con la niña.
Con qué, Paquito, ¿acerté

por qué es tú melancolia?
— Sí, señora : por eso es.

— Pues la mejor medicina
para tu mal, es que olvides

á esa veleta.
— En la vida

la podré olvidar! ¡ Ay madre,
estoy que me tiraria

al Canal si no mirára
que ustedes lo pasarian

muy mal faltándoles yo.
— El Señor no lo permita!

¡ Ay hijo de mis entrañas!
Faltándoles tú, ¿ qué harian

tu madre y tus hermanitos
que no tienen, desde el día
que Dios se llevó á tu padre,
otro amparo en esta vida!
Por Dios, olvida á esa falsa,
que te quitas y nos quitas
la vida pensando en ella!
—Tiene usted razon. ¿Qué haria
yo para olvidarla?

Qué? —

Querer á otra mas digna
de tu cariño, hijo mio;
que un muchacho de tu estima
las encontrará á millares
mas honradas y mas lindas.
—Pues bien, madre, haré la prueba,
y Dios quiera que consiga
vencer esta pasion de ánimo
que me consume hace dias.
—Vencerás, que con el tiempo
todo, hijo mio, se olvida,
«que la mancha de la mora
con otra verde se quita.»

III.

«Vivo en el cuarto bajo,
tú en el tercero;
que junte nuestros cuartos
dile al casero,
que estando juntos
ya no tendremos miedo
de los difuntos.»

«Todos los que padezcan
de mal de amores,
busquen buenas muchachas
y no doctores;
que al fin y al cabo
todo clavo se saca
con otro clavo.»

«Muchos hay que defienden
la homeopatía
y yo soy uno de ellos,
morena mia,
que estando malo
me curaste con ella.
¡Ay qué regalo!

«Cada vez que me acuerdo
de tu hermosura,
vuelve, morena, á darme
la calentura.

Tómame el pulso,
tómamele, morena,
que estoy convulso.»

— Señora Rita, ¿quién es
el que echa esas seguidillas?
Qué! si hace hablar la guitarra!
Si parece un organista!
Lo que es yo, toda la noche
oyéndole me estaría.
— No le ha conocido usted?
Pues sí es mi Paquito.

— Ay hija, ¿
ese chico es el demontre!
Qué seguidillas endilga!
— Donde le ve usted, las saca
de su cabeza toditas.

— Pues mire usted, no entendiendo
de componer, eso admira.
Hay muchos que sacan libros
y no tienen tanta chispa.
Anda, ya vuelve á cantar.
¿No le han de querer las chicas
teniendo esa habilidad

y ese aquel que dan envidia?
— Ahí verá usted si era lástima
que se empleara en la hija
del tío Lila un muchacho
de tanta sabiduría!

— Ya se ve que hubiera sido
un dolor, señora Rita.

¿No se acordará ya de ella?

— Qué se ha de acordar! Ni pizca,
á Dios gracias. Ya ve usted
si estarán él y la chica
del cuarto tercero ciegos
cuando se están todo el día
echando coplas y flores,
él de abajo, ella de arriba.

Como que piensan casarse
para la Pascua florida.

— Ella parece muy buena.

— Muy honrada, muy relimpia.....
y sobre todo unas manos.....

tiene unas manos divinas
para todo: esta mañana
nos mandó unas chucherías
de dulce hechas por su mano
y vaya, eran lo que había
que comer! Solo que apenas
me descuidé en la cocina,
me las birló casi todas

Perico..... ¡ Ay, señora Isidra ,
 no sabe usted lo que paso
 con ese chico ! Su tripa
 no se encuentra harta jamás ,
 y revienta el mejor dia.
 Pero volviendo á mi Paco ,
 fué escelente medicina
 la que usted le recetó ,
 porque sino, se las lia
 el hijo de mis entrañas.
 Nó, pues lo que es él no olvida
 la receta: está cantando
 todo el santísimo dia
 « que la mancha de la mora
 » con otra verde se quita.»

22.

CONTRA TRISTEZA, CANTARES.

(Á D. ANTONIO ARNAO.)

1.

Tu corazon, hermano,
 triste suspira.....
 Comprendo la tristeza
 que le domina,
 como comprendo
 la tristeza que el mio
 dominó un tiempo !
 Esperanzas de gloria
 no realizadas,

amores sin ventura,
promesas falsas,
males de ausencia,
tales fueron las causas
de mi tristeza!

Lloré desconsolado
días y días,
creyendo que mis penas
se endulzarian;
mas ¡cómo el llanto
ha de endulzar las penas
si es tan amargo!

En un corro de gente
que le escuchaba,
ví un anciano cantando
con su guitarra.....
¡Cantan los ciegos
y lloramos nosotros
que la luz vemos!

Acerqueme y le dije:
«Dichoso anciano,
vos cantais y yo vivo
siempre llorando,
aunque mis ojos
ven el cielo y las flores
y el sol hermoso.

»Mi corazón consume
negra tristeza

y el contento en el vuestro
siempre se alberga.
Decidme cómo
siendo tan desdichado
sois tan dichoso!»

—Oye y nunca lo olvides,
respondió el ciego,
y entonó acompañado
de su instrumento:
«Canta y no llores,
»que cantando se alegran
»los corazones!»

II.

Cuánto bien me hizo el ciego!....
Dios le bendiga,
pues me fué desde entonces
dulce la vida.
Hoy mis cantares
son bálsamo que cura
todos mis males!

Si tienes una lira
mas sonora
que la lira que pulso
yo á todas horas,

¿por qué con ella
no disipas, hermano,
tanta tristeza?

¿No hay en tu patria flores?

¿No hay cielo puro?

¿No hay arroyos y fuentes?

¿No hay mar cerúleo?

¿No hay un sol claro?

¿No hay luceros y estrellas?

¿No hay verdes campos?

¿No hay gentiles doncellas,

cuya mirada

como el sol de Castilla

la nieve inflama?

¿No hay en el suelo

donde naciste, anales

de gloria llenos?

¿No hay muros y castillos

que en la memoria

despiertan el recuerdo

de antiguas glorias?

¿No hubo una lucha

en que fué hecha pedazos

la media luna?

¿No hubo aquí una Numancia?

¿No hubo un Sagunto?

Para luchar con Roma,

¿cántabros no hubo?

¿No es esta patria
de Pelayos y Cides?

¿No es esta España?

¿No te parecen dignos

de tus cantares

la virtud, la fé santa

de nuestros padres,

el amor puro,

el saber, la inocencia

y el infortunio?

Canta y serás bendito

de cielo y tierra,

canta y serás salvado

de la tristeza,

«canta y no llores,

»que cantando se alegran

»los corazones!»

III.

Recuerda las mañanas
primaverales
en que, dando al olvido
nuestros pesares,
como dos pájaros
cruzábamos el bosque

los dos cantando.

Los árboles, las fuentes,
los arroyuelos,
los pájaros, las flores,
el sol, el cielo,
todo era, todo,
raudal de poesía
para nosotros.

Allí si que era dulce
soñar despiertos
gloria y amor que siempre
fueron tus sueños,
fueron los míos,
fueron los del que siente
como sentimos!

Allí si que era dulce
y hermoso el santo
recuerdo de la aldea
donde llorando
viven mis padres,
donde esperan mi vuelta
quince años hace!

Allí si que era dulce
pensar, hermano,
en la inocente virgen
con quien soñamos!
Allí si que era
dulce pasar las horas

entre quimeras!

Pues si fueron tan dulces
esos instantes,
si ahuyentamos cantando
nuestros pesares,
¿por qué no ahuyentas
cantando, como entonces,
esa tristeza?

¿Bajo el techo paterno
vives hoy día,
y abandonada y muda
yace tu lira?

¿Qué es de la santa
inspiración que un tiempo
te arrebatava?

Canta y tus infortunios
cantando olvida,
canta, que Dios para eso
te dió la lira;
«canta y no llores,
»que cantando se alegran
»los corazones!»

IV.

¿Quién, si se ve abrumado
por la tristeza
y le anima el espíritu
de los poetas,
quién no demanda
solaz á sus cantares?
quién, pues, no canta?

Cantan con entusiasmo
Milton y Homero
cuyos dolientes ojos
no ven el cielo,
ni el sol, ni el campo,
ni las flores que esmaltan
huertos y prados.

Cantan Tasso y Macías
en cuyo pecho
arde el amor y habitan
penas sin cuento;
cantan Cervantes
y Camoens, en desdichas
y en genio grandes,

Y alza á Dios sus cantares
el rey profeta

cuando tribulaciones
do quier le cercan,
cuando su hijo
le persigue, y le venden
deudos y amigos.

Si Dios te ha dado el alma
y el infortunio
de esos cisnes que adora
y admira el mundo,
¿por qué como ellos
no elevas tus cantares
hasta los cielos?

Mas ya de nuevo tomas
tu dulce lira
y á cantar te preparas.....
Dios te bendiga,
pues tus canciones
siempre ensalzan lo santo,
lo hermoso y noble!

Canta, pues, ya que sabes
cantar, hermano;
canta ya que estás triste
y atribulado;
«canta y no llores,
»que cantando se alegran
»los corazones!»

23.

LA ORDENANZA MILITAR.

I.

- Oiga usted, señor recluta!
 — Mi sargento, mande usted.
 — En cuanto oye la retreta,
 pensando que no le ven,
 se va usted del campamento
 y vuelve al amanecer.
 Diga usted, señor recluta,
 ¿á dónde se marcha usted?
 — Perdone usted, mi sargento,
 que no lo volveré á hacer.....
 — Señor recluta, cuidado

- con escaparse otra vez
 porque como yo lo sepa,
 no lo pasará muy bien!
 — Está muy bien, mi sargento;
 pero ha de saber usted,
 que allá abajo, en aquel pueblo
 que en la llanura se ve,
 hay una chica morena
 con una sal y un aquel.....
 — Silencio, señor recluta,
 que se insubordina usted!
 Qué tienen que ver las chicas?.....
 — Pues no han de tener que ver!
 El día que caí quinto,
 adornó mi calañés
 con una escarapelita
 llorando á mas no poder.....
 — Pues es preciso olvidarla,
 señor recluta
 — Por qué?
 — Porque solo su bandera
 el soldado ha de querer,
 porque el soldado ha de estar
 donde su bandera esté.
 «Lo manda así la ordenanza
 »y es preciso obedecer!»

II.

— Oiga usted , señor recluta !
 — Mi sargento , mande usted .
 — Tiembla usted porque las balas
 han comenzado á llover ?
 — Cá , nó señor , mi sargento :
 es que allá abajo , en aquel
 pueblo que está en la llanura ,
 padres y hermanos dejé
 y..... no quisiera morirme
 sin volverlos mas á ver .
 — Señor recluta , el soldado
 no tiene , sépalo usted ,
 mas hermanos que los de armas
 ni mas padre que su rey .
 Matando , encuentra la gloria ,
 muriendo , la halla tambien .
 Si siempre la gloria encuentra ,
 ¿ qué mas puede apetecer ?
 — Mi sargento , estoy conforme ,
 ya me ha convencido usted .
 Padres y hermanos y novia
 callad , tontos , no lloreis ,
 que la vida militar

es buena á mas no poder.....
 Pero ay que tocan ataque !....
 Llueven balas á granel!.....
 — Señor recluta , á las filas !
 — Pero si no puede ser ,
 mi sargento ! Si caen hombres
 como chinchas !
 — Ande usted ,
 «que lo manda la ordenanza
 »y es preciso obedecer!»

24.

OROS SON TRIUNFOS.

I.

—Vas á la fuente?

—A la fuente.

—Tan solita?

—Tan solita.

—Quieres que yo te acompañe?

—No he menester compañía.

—Ven y sentémonos juntos
debajo de esas encinas.

—Y que nos viera mi novio!

—Con que tienes novio, niña?

—Es el pastor mas gallardo
de toda esta serranía.

—Pues no merece un pastor
una zagala tan linda.

—Y por qué no la merece?

—Porque es notoria injusticia

junto á un espinoso cardo

poner una clavellina.

—Yo nací para ser pobre.

—Porque no querrás ser rica.

—Si en el querer consistiera.....

—Ay Dios, qué bien sentaria

en esos dedos pulidos

una pulida sortija!

—Pero como no la tengo.....

—Quieres probarte la mía?

—Por probar nada se pierde.

—Mira, te viene justita.

Guárdala, hermosa zagala,

que tengo en mi joyería

mas de doscientas y todas

cuajadas de piedras finas.

—Amable es el caballero!

—Encantadora es la niña!

Te acompañaré á la fuente.

—Me agrada la compañía. —

Y zagala y caballero

se pierden al fin de vista

caminito de la fuente,

entre castaños y encinas,

y un pastor que los ha visto
 canta muy triste allá arriba :
 — « El que fuere solo y pobre
 » no busque la mujer linda,
 » porque en medio de sus gustos
 » viene el rico y se la quita. »

II.

Aquella hermosa zagala
 que yendo á la fuente un dia
 puso en sus dedos pulidos
 una pulida sortija,
 baja con frecuencia al valle
 y vuelve á la serranía
 como una azucena pálida,
 como una rosa marchita.
 Las sortijas de sus dedos
 dicen que se multiplican;
 pero eran mucho mejores
 las rosas de sus mejillas.
 Anoche tornó del valle
 sin una nueva sortija,
 con el cabello en desórden,
 llorando á lágrima viva.
 ¡Ay, quiera Dios que hoy llorando
 no torne á la serranía,

que ni compasion encuentra
 en los que su llanto miran,
 que hasta las otras zagalas
 su conversacion esquivan!
 Ya da la vuelta del valle;
 pero sus dedos no brillan,
 y vuelve, ay Dios, como anoche,
 llorosa y descolorida!
 A la vera del camino,
 sentado al pié de una encina,
 está un pastor abismado
 en honda melancolia,
 y la afligida zagala
 hácia el pastor se encamina.
 — Compadécete, le dice,
 de una mujer desvalida,
 y las lágrimas que vierto
 de desagravio te sirvan! —
 Pero el pastor se levanta,
 y temeroso de oirla,
 gana con ligero paso
 la cumbre de una colina,
 y canta allí, con acento
 lleno de melancolia:
 « El que fuere solo y pobre
 » no busque la mujer linda,
 » porque en medio de sus gustos
 » viene el rico y se la quita. »